

MI PRIMERA VEZ



MI PRIMERA VEZ

La camioneta del ADEVA iba hasta los topes. Estábamos llegando a Madrid. La respiración contenida y los ojos abiertos de par en par. La calle Drumen en Atocha era el primer objetivo. Una anciana algo desaliñada, con un botijo en la mano, iba ofreciendo su agua fresca a todos los viajeros que descendían del autobús, soltando su retahíla: “Qué comís que no bebís” “¿Habís bebío tos? “¿Y los que no tenís tos, también habís bebío? “

El bocadillo de calamares no podía esperar hasta la noche cuando volviéramos de regreso, así que entramos en Casa Luciano para empezar la tarde de la mejor manera. Minutos después enfilábamos la Calle Atocha, cuesta arriba, mirando con todo detalle lo que ocurría a nuestro alrededor. Las luces de los comercios empezaban a llenar la tarde y algunos tubos de neón reclamaban la atención de los viandantes.

Seguramente era sábado. Los hombres iban arreglados, algunos con traje y otros de manera más informal, quizás con lo único que tenían. Las señoras y las chicas más jóvenes pintadas y arregladas, mostrando sus mejores atractivos. Caminábamos aprisa, pero sin dejar de mirar cada detalle, cada edificio, las tiendas de ropa y las zapaterías.

Sin apenas darnos cuenta estábamos en Antón Martín, una plaza pintoresca llena de gente y con el Teatro Monumental en un lugar destacado. De allí partía o llegaba, dependía de cómo se mirara, la Calle de La Magdalena llena de zapaterías y, claro, había que echar una ojeada a los escaparates, para quizás días más tarde ir a comprar aquel par de zapatos que ya habíamos elegido antes.

Al final de la calle se llegaba a la Plaza de Tirso de Molina donde las primeras putas nos recibían con su descarada provocación. “Oye nene ¿Quieres que te anime ese cuerpo serrano? Sin hacer mucho caso, quizás ruborizados, continuábamos hacia la Plaza de Jacinto Benavente, donde, en cada esquina, más putas viejas y repintadas se nos ofrecían ante las risitas de los hombres que pululaban a sus alrededores.

De allí, atravesando la Plaza de Santa Ana, nos encaminábamos hacia la Calle Echegaray, donde las putas tenían otro porte, otra clase, eran más jóvenes y tenían unos tipos impresionantes. Sus vestidos, sus faldas y sus blusas chillonas destacaban sus anatomías haciéndolas más atractivas a los ojos de la impaciente clientela. Los golfos y los chulos merodeaban en corrillos observando. Parecía que no hubiera nada más que putas en aquella zona de Madrid, pero no, además de putas había maricones, chulos, golfos, militares sin graduación y algún que otro carterista trabajando al descuido.

El recorrido continuaba hacia la Calle de la Montera, donde se veían anunciados hoteles y pensiones en los que se alquilaban habitaciones supuestamente para apenas media hora. Era todo un descubrimiento, era una irrupción en otra vida, en otro mundo al que nosotros éramos ajenos. Sin embargo, nuestro objetivo aquella tarde no era ese, era otro bien distinto.

Subiendo la Calle de la Montera arriba, justo al final como una atalaya, el ascensor del Metro de José Antonio en la Red de San Luis se asomaba a “La Gran Vía”. Un espectáculo de anuncios luminosos, verdes, rojos, azules o amarillos y de carteleras gigantes que tapaban casi por completo las fachadas de los edificios, en las que se mostraban las películas que se exhibían esa semana.

Era la primera vez que salíamos de Getafe para ir a los “Cines de la Gran Vía” en los que se estrenaban todas las películas de aquellos años sesenta. La oferta de cines era extraordinaria, ... el Callao, ...el Capitol, ... el Palacio de la Música, ... el Palacio de la Prensa, ... El Rialto, ... el Lope de Vega. Aquel día elegimos el Palacio de la Música donde ponían “Los que no perdonan”, un film del Oeste con indios y americanos en lucha permanente, en el que Audrey Hepburn y Burt Lancaster eran los actores principales.

El tiempo que teníamos hasta las siete de la tarde, hora a la que empezaba la sesión, lo pasábamos en los Billares Callao o en “Los Sótanos” que era un lugar de diversión y entretenimiento y que para nosotros era una verdadera novedad.

Apenas teníamos diecisiete años y aquella tarde de sábado, para los chicos de la pandilla fue **la primera vez que disfrutamos de “Los Cines de la Gran Vía”**, y al tiempo, el inicio de un hábito que se mantuvo durante años y que aún hoy recuerdo con añoranza.

Luis Antonio Sanz –Octubre 2011

Revisado - Junio 2015